

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO XXX

Continúa la misma materia.

I. Los países católicos son los más inmorales.—II. Moralidad de los países protestantes.

La verdadera prosperidad de un pueblo no depende sólo del bienestar material, sino, sobre todo, de las buenas costumbres, de la piedad y de la posesion de las verdades religiosas, si es cierto que el alma del hombre es más noble que su cuerpo. Lo positivo es, con todo, que aún está gloriana disputan, habiendo llegado á ser moda lanzar contra el Catolicismo ebinsulto de que, al lado de los católicos, es mucho más insigné la moralidad de los protestantes. ¿Qué responderemos nosotros?

Podremos primeramente responder que si la Iglesia católica lograra librarse de los que envidian la moralidad protestante, sin duda estaria mucho mejor; mas dejando esto aparte, no nos falta buena contestacion, y, lo que es más, hechos que la confirman.

No por esto queremos negar que, aún entre los católicos, hay pecados y pecadores en número excesivo. Sobre todo en las ciudades más populosas, donde el concurso de forasteros y las máximas heterodoxas se hacen lugar por medio de los libros y de periódicos, donde están en pié y se conservan todos los incentivos del placer y de la voluptuosidad, abundan demasiado las malas costumbres, los desórdenes y las iniquidades. Lo reconocemos y lo deploramos amargamente, porque la verdad, para su defensa, no necesita mentiras.

Ménos inconveniente tendremos en desconocerlo, porque nos advirtió Jesus que no sucederia de otra manera; nos hizo saber que aún en su Iglesia habria vírgenes prudentes y vírgenes necias, buen

grano y zizaña sembrada ya en la propia tierra, y que en su red habria peces buenos y peces malos. Los Apóstoles nos advirtieron ya que habria herejes y heresiarcas, hermanos buenos y falsos, murmuradores, y crapulosos, y avaros, y deshonestos, y soberbios, y así sucesivamente. Fuimos amaestrados de que aquí sería el tiempo de prueba, resultando en su virtud necesaria la mezcla de los buenos con los malos. Ni esto puede causar maravilla sino á los que desconocen absolutamente lo que es la Iglesia militante. A pesar de ello, afirmamos primeramente que el mal está muy lejos de ser tan grande como algunos creen; y despues, que, sea cual sea, es siempre muy inferior entre dos católicos que entre los protestantes.

Hemos oido más de una vez á los libertinos decir atrevidamente que la fé, el Cristianismo y la moral, ó bien, como ellos blasfeman, las supersticiones y las santurroneías, han concluido, que la incredulidad es universal, y les hemos visto saltar de gozo. «Mas así como el corrompido, dice Balmes, cree que todos lo están, que no hay un hombre honrado, una mujer honesta, un magistrado íntegro y un mercader leal, el irreligioso cree que nadie tiene sentimientos de fé y de religiosidad.» Pero ¿de dónde nace tal manera de juzgar? No conoce sino personas impías, porque sólo trata con las que piensan lo mismo que él: como aquellos cuatro perdidos con que conversa diariamente son de su laya, dáse á creer que todo el mundo participa de sus ideas. Procurad de hecho que la conversacion recaiga sobre otros que discurren de distinta manera, ó sobre el movimiento religioso que se manifiesta en este país ó en el otro, ó sobre autores que han publicado libros católicos, y hallareis que no sabe una palabra, y que, por decirlo así, se cae de las nubes. Aun las ranas lo hacen así, creyendo que los veinte palmos de su pantano son los confines del mundo. La verdad, empero, es que si existen personas que viven mal y creen peor, existen otras que se hallan en el opuesto caso. El mundo entero no está en las capitales, y éstas no se componen so-

lamente de los que hacen ruido, precisamente como las ruedas del carro, que chillan más á medida que son peores. Las tierras y las campiñas, donde vive la mayor parte del pueblo, piensan de tan diverso modo, que las personas impías é irreligiosas constituyen, no sólo una excepcion, sino tambien una espina metida en los ojos de todos: si se cometen allí faltas, no se ha perdido la moralidad, y ménos la fé.

Los católicos parecen más culpables en ocasiones, porque toda caída es más notable en ellos, por lo mismo que su religion es más perfecta que la de los protestantes. Lo que á éstos ni aún les quita la fama de bondad, es culpa para nosotros, y no leve. Prescindir de la confesion de los pecados y de la Comunion en los tiempos debidos, hace pasar entre nosotros por irreligioso, y con justicia; pero los protestantes no se fijan en ello. Nos consideramos con justicia en la obligacion de la observancia de las abstinencias y de los santos ayunos: aquéllos se jactan de no pensar en tal cosa. Creemos falta de piedad no acordarnos de las solemnidades de la Virgen y de los Santos: aquéllos se juzgan mejores porque no se cuidan de ellas. Han abrogado los protestantes multitud tal de obligaciones y deberes propios del cristiano, que no es muy difícil ciertamente ser buenos segun su medida. La razon quisiera, pues, que los que critican la perversidad de los católicos, tuvieran presente la perfeccion mucho mayor á que estamos compelidos, y que, por consiguiente, no se maravillasen de que no lleguen con facilidad al blanco los que lo han puesto á tal altura.

Que tuvieran en cuenta tambien lo que más es suyo que nuestro, porque culpan muchas veces á los países católicos por la inmoralidad por ellos engendrada. Por ejemplo: ¿quiénes son en Italia los inmorales? ¿Los que se llaman y los que llevan una vida católica? No, ciertamente, sino aquellos que los protestantes han conseguido hacer sus secuaces en la práctica, y en ocasiones tambien teóricamente. Es inmoral la juventud que, infecta por lectu-

ras vergonzosas y máximas racionalistas, repele la autoridad de la Iglesia, desconoce las prácticas católicas, huye de los Sacramentos, ódia el sacerdocio y rechaza la fé. Tiene malas costumbres aquella parte de la sociedad que, seducida por los sofismas protestantes, ansa todas las libertades modernas, y á consumir está pronta todas las revoluciones, y á cometer todos los delitos. ¿A quién debe atribuirse tal inmoralidad? ¿A la religion católica, de la que han prescindido, ó á los principios protestantes, que han abrazado? Quedaos, pues, con lo que es vuestro ciertamente, y atribuid la inmoralidad á los países católicos, si podeis poner de realce que los más inmorales son verdaderamente los que reverencian á la Iglesia, reciben frecuentemente los Sacramentos, y conservan viva en el corazón, manifestándola con las obras, la fé católica. Hasta que esto se demuestre, afirmaremos que la verdadera fuente de la inmoralidad es la rebelion protestante, que aún en nuestros países se abre paso de mil maneras.

Por otra parte, ¿qué hace gritar á no pocos contra la corrupcion de los italianos? Hemos oido á puritanos ingleses y otros forasteros mostrarse muy escandalizados por la libertad de las maneras y la disolucion de nuestro país. Pues bien; no seré yo nunca quien haga la defensa de ciertos desórdenes, que deploro de todo corazón; mas, dejando el sitio á la verdad, ¿creeis que pueden con justicia mover tanto ruido? Nada de esto. Ignoran que en los países meridionales la índole viva, fantástica y ardiente de los habitantes no podrá nunca tomar el aire y la reserva propia de los acostumbrados á las nieblas de Albion ó á las nieves de Alemania, por lo cual juzgan muchas veces corrupcion é inmoralidad lo que acaso no son más que maneras poco cautas, si quereis, pero no pecaminosas ciertamente. Añadid que estos censores tan escrupulosos recorren nuestra pátria como correos más que como huéspedes, no tratan sino con fondistas, cocheros, agentes y personas del mismo jaez, formando por ellas, que son, como sabemos, la flor de nuestras

ciudades, su juicio. ¿Qué saben, por tanto, de nuestra vida doméstica, de la conducta de nuestros campesinos, y de las virtudes interiores que, gracias á Dios, honran nuestras ciudades? Se detienen un momento en el fango de las calles públicas, y despues aseguran que hay sólo fango.

Por lo demás, ¿quereis saber dónde se halla en Italia principalmente la inmoralidad? En los países que son visitados más frecuentemente por los protestantes, y sobre todo por los ingleses. Id á las playas de Liorna, de Viareggio, de Niza, á los presidios de Lucca y á todas las ciudades marítimas de Nápoles: el buen sentido de todos aquellos países os repetirá mil veces que ántes de que concurriese aquella muchedumbre de forasteros, habia sencillez de costumbres, buena fé y moralidad pública; pero que despues tales huéspedes trajeron consigo, con algunas monedas, todas las malas costumbres. Lo he oido afirmar mil veces, y vosotros, lectores, por poco que conozcais el mundo, lo habreis oido repetir como yo; lo peor es que los hechos vienen demasiado á justificar las quejas mencionadas.

Mas no tenemos precision de recurrir á tantas razones, porque la moralidad de los países católicos sobrepuja evidentemente la de los demás pueblos. La fé sola no es bastante ciertamente para una bondad cabal, porque se necesitan tambien las obras para ésta; mas sin duda es ya la fé gran parte de dicha bondad, así como la raíz y el fundamento de todos los demás bienes. Los católicos, porque la tienen, doblegan su entendimiento y se someten á la Iglesia y á su autoridad, lo cual es uno de los actos más perfectos que hacer el hombre puede. Su dificultad y su mérito ninguno mejor que los incrédulos lo puede conocer, porque son los primeros que han de confesar que carecen de la virtud y de la energía necesarias para hacerlo. Pues un acto tan sublime es entre nosotros comun en extremo: hácenlo los doctos y los sábios, no ménos que los ignorantes y las simples mujeres.

II. Miétras que ¡oh cuán diverso es el Estado de los protestantes! Si el sentir dignamente de la

divinidad es cosa tan importante que un Dios vino de propósito del cielo para enseñarlo; si carecer de fé es cosa tan criminal que declaró el Señor merecedores de la eterna condenacion á los que no la tuviesen, *qui non crediderit, condemnabitur*, ¿á quién no causa horror y espanto un pueblo que, despues de la luz del Evangelio, yace aún en las tinieblas más crasas de la ignorancia y del error en materia de culto? ¿Que ha dado forma á tantas religiones cuantas personas? ¿Donde todo delirante y soñador fabrica una religion y hace secuaces, ó inventa prácticas y constituye asambleas, salvo á cada uno el derecho de retractarse al dia siguiente, y de hacer otra secta ú otra division, hasta que por fin abandona todo pensamiento de Dios y de religion, vive como un bruto y muere como un cerdo? ¿No es el último grado del envilecimiento de un país estar tan á ciegas en las cuestiones más importantes para el hombre y la eternidad?

Si no conocen la verdad religiosa, ¿cómo harán para construir encima la moralidad, que no puede tener otra base firme? Aunque supieran el catecismo protestante, sabrian bien poco, porque, como decia el famoso incrédulo Jouffroy, el catecismo protestante no es un palacio concluido, adornado, espléndido, sino un edificio que los ladrones han despojado y devastado. Sabrian á lo ménos algo, pero ni aún aquél saben. Oigamos, dice Margotti, las relaciones *oficiales* de Inglaterra, y veremos en qué Estado se hallan. «Mé ha herido vivamente, dice Zufnel (*Report*), el hecho de que si los muchachos aprenden con cierta facilidad á leer y escribir, no han aprendido *ningun principio de moral y de religion*.» Otro añade: «Llamo ignorancia el estado del individuo que decir no puede una palabra de oracion, que no sabe siquiera el nombre del Soberano reinante, y que desconoce hasta el mes del año. Entre unos 3,000 jovencitos y jovencitas, he hallado 1,588 en tal extrema ignorancia; 1,290 muchachos y hombres y 298 muchachas son tan incapaces de recibir una buena educacion moral y religiosa, que hablarles de virtud y de vicio es usar

un idioma desconocido. Tienen ciertamente una idea indefinida de la inmortalidad del alma, como también de las penas y de los premios de la otra vida; mas por lo que hace á los actos con que se merecen las unas y los otros, no tienen luz alguna (1).» ¡En algunas partes de Inglaterra se hallan muchísimas personas que ignoran hasta el nombre que tienen derecho á llevar! De una reciente relación de sir John Pakington al Parlamento, resulta que millares de personas no tienen noción alguna de vicio ni de virtud, y que en un año, y en una sola prision, halláronse 1,300 personas que ignoraban tuviese meses el año y divisiones el tiempo. Ni son hechos aislados por lo cual puedan considerarse simples excepciones, sino que se hallan tan frecuentemente, que casi constituyen la regla ordinaria.

Concentremos nuestras observaciones sobre un puñado de 30,000 almas en Lóndres, que ha suministrado recientemente á un escritor inglés asunto de curiosas y desoladoras observaciones. En 1851, Enrique Mayhew publicó sobre los pobres y sobre la clase ínfima de la capital un trabajo que hace autoridad en tal materia. Leamos lo que dice sobre los *costermongers*, ó comerciantes de frutos: «Una persona fidedigna, que fué mucho tiempo *costermongers*, háme asegurado que no se hallaría en ellos, de ciento, tres que hubiesen entrado nunca en una iglesia, ni que supieran el significado de la palabra *Cristianismo*; tal asercion me viene confirmada por otros.» Los mercaderes ambulantes, segun el Sr. Mayhew, no tienen religion de ninguna especie, ni tampoco idea de la vida futura, y además desprecian los pequeños libros religiosos. La Inglaterra es la nacion europea donde la instruccion está ménos generalizada; ni osaría yo afirmar lo si no lo hubiese demostrado con la estadística el Sr. Fox en la Cámara de los Comunes, y si ántes no lo hubieran manifestado allí mismo lord John Russell, el Sr. Macaulay y el Sr. Hume.

(1) Cloy Report to the Committee of the Lords, 1847.

La sociedad que se llama *Church pastoral aid society*, cuyo directorio se compone de un Arzobispo, de quince Obispos protestantes y de vários individuos de la más alta nobleza, cuyo jefe es lord Shaftesbury el más fanático campeón del protestantismo, en una fiel exposicion suya del presente estado de cosas, dice, con las palabras del seudo-obispo de Winchester: «Sabeis que en un país cristiano próximo á las iglesias, en medio de las poblaciones que reconocen que la tierra y su inmensidad pertenecen al Señor; hay aún una multitud de hombres verdaderamente paganos é incrédulos, que no creen en Dios, que ignoran su gracia y su Evangelio, y que no se curan de la muerte ni del juicio, como si ninguna revelacion hubiese descendido del cielo.»

El Sr. Kay, de la Universidad de Cambridge, que habia viajado por diversas partes del continente de Europa, escribia en 1850: «Digo tristemente, y con vergüenza, mas afirmo con sinceridad, que nuestros campesinos ingleses son más ignorantes, más corrompidos, más incapaces de ayudarse, y más ocupados en la satisfaccion de sus apetitos, que los de cualquier otro país.» De los partes de lord Shaftesbury y lord Ashley, del año 1853, resulta que en Inglaterra cuéntanse á millares las jóvenes casadas que, preguntadas sobre los más triviales conocimientos de todo cristiano, pusieron de realce que nada sabian de Dios, de la Encarnacion del Verbo, ni de la existencia del Espíritu Santo. Centenares de mineros contestaron á los comités que jamás habian puesto el pié en ninguna iglesia; que ignoraban qué libro era el catecismo, y lo que significaba la santa cruz. El Rdo. John Fiel, y el Rdo. Osborne, en 1849 y 1850, hicieron declaraciones análogas: esto es, que habia en la civilizada Inglaterra una multitud de gente que no sabía recitar una oracion; que ignoraba el nombre de la Reina, y que aprendido no habia ni á conocer los meses del año. Por lo cual Eugenio Rendu, despues de haber visitado la Inglaterra, decia en 1853 al ministro de Instruccion pública de Francia: «El sentimiento de la dignidad

humana no existiera siquiera en germen en los chiribitiles de la capital del Reino Unido. Puede ser que por la constitución de la sociedad inglesa sea este un motivo de seguridad; mas para el cristiano y el moralista es la revelación de un estado de cosas que la idea religiosa proscribiera y la razón rechaza. Una sociedad no tiene derecho á poner como condición de su existencia la sustitución de las pasiones del bruto á los sentimientos del hombre en el alma de un número cualquiera de sus individuos.»

Ahora, despues de dichos testimonios, que se pudieran aumentar extraordinariamente, como se puede ver en las obras de Margotti, Nicolás, Curci, en la *Ojeada á Inglaterra*, etc., preguntor: Aun en las tierras más miserables de Italia, ¿hallaríais ni un hombre solo, no siendo mentecato, que ignorase la existencia de Dios, que no hubiese oído hablar nunca de Jesucristo, que no supiera lo que es vicio ni virtud, que se quedase mudo si le preguntabais á qué Soberano obedece, ó qué día de la semana corre, ó en qué mes nos hallamos, ó, finalmente, qué cosa es bautismo, cruz, cristianismo, iglesia, y qué nombre le pusieron sus propios padres? Y sin embargo, se dice que somos el último pueblo del orbe relativamente á la muy civilizada Inglaterra!

Ahora, viniendo á los vicios, digamos dos palabras muy ligeramente, con el fin de no mancharnos. Hace algun tiempo que el protestantismo, porque le probaba poco proponer dogmas, se ha echado á proscribir la inmoralidad. Ciertos anglicanos, y puritanos sobre todo, quisieran hacernos creer que cerca de ellos, no sólo está la bondad de la vida, sino la flor de la santidad. ¡Ojalá fuese así! Mas los que tenemos á la vista nos demuestran lo contrario. El divorcio, que es la gran plaga de los países protestantes, habia encontrado hasta aquí obstáculos para que fuese común, gracias á los enormes gastos precisos para obtenerlo de los jueces; mas ahora las pasiones han conseguido facilitarlo, á fin de que allí suceda lo que pasa en la protestante Alemania, donde el matrimonio no tiene sombra de duración ni de santidad. El caso de tener dos mu-

jerer á la vez no es raro en Inglaterra. Leon Faucher contó veintiocho en un año en Lóndres, excluyendo aún la parte más populosa de la ciudad. Hace poco se debatía el caso de uno que habia contraído matrimonio con cuatro mujeres á un tiempo. La concordia y el amor conyugal es tan perfecto, que hace algunos años la Cámara de los Comunes debió votar una ley, en virtud de la cual los maridos que apaleaban con exceso á sus mujeres debían ser condenados á seis meses de prisión: la ley no sirvió nada, y en Abril de 1852 el Sr. Fitz Roy decia en el Parlamento: «No se pueden leer los periódicos sin quedar constantemente horrorizados: ¡tantos numerosos son los ejemplos de tratamiento brutal y cruel infligido al sexo débil por hombres cuyas atrocidades deberian avergonzar todas las frentes inglesas!» Y aquí referia los casos y citaba los nombres. La magnitud del desorden requirió que Ven el 1856 y en el 1857 se hablase nuevamente de reprimirlo; mas siempre sin efecto alguno.

Por lo demás, no es maravilla que los hombres golpeen á las mujeres allí donde las venden por poco quisimo dinero: Margotti ha referido diferentes casos. Ciertor Hart, en Nottingham, expuso la suya por veinticinco sueldos. En Lancaster una mujer fué ofrecida en el mercado por su marido por treinta centésimos, y vendida despues por siete francos. Tomás Middletón, en Worcester, vendió la suya por veinticinco sueldos y un poco de cerveza.

«Si así tratan á las mujeres, considerad cómo lo serán los hijos. Despues de cerrarse la Exposición de Lóndres, la oficina de vigilancia publicó una nota de objetos extraviados, en los cuales figuraban noventa niños. ¿Qué más? En una calle de Lóndres, el lunes y el martes, entre las seis y las siete de la mañana, hay una feria de niños, que son alquilados por sus propios padres. «Visité (un inglés lo escribe) este mercado con el fin de examinar particularmente los hechos que habia bido referir. Encontré reunidas cerca de setenta criaturas, y la mayor parte acompañadas por sus padres. Apenas llegué me hicieron mil ofertas: ¿Quereis un niño? Señor,

¿una niña?» «No se puede ménos, nota Leon Faucher, de sufrir un malestar que á la indignacion llega, y al horror. ¿Qué monstruosidad comparable con la de un padre y de una madre que llevan sus hijos al mercado, los ofrecen como vil mercancía, los presentan á la mirada de los transeúntes, y dejan que se palpen, por decirlo así, su alma y su cuerpo? «Y sin embargo, hay cosas peores. Hay padres y madres que matan sus propios hijos, ya dándoles narcóticos con el fin de adormecerlos, ya haciéndoles inscribir en cualquier sociedad de seguros, para dejarlos despues perecer lentamente á fin de lograr algunas monedas. Lo primero está certificado por Clay, y lo segundo por el jurado de Liverpool, que lo habia visto. En presencia de tales ejemplos de moralidad, pregunto á mis lectores si han oido nada semejante nunca en nuestros países.

Vamos adelante, aunque con mano ligera. Demasiado se va difundiendo la inmoralidad por todas partes, y sobre todo en las grandes poblaciones, donde gana terreno la civilizacion carnal que nos persigue; «mas en ninguna capital del continente hemos visto jamás (1) (es un inglés quien escribe) el vicio y la corrupcion dominando en la sociedad de una manera tan asquerosa como en nuestra propia metrópoli, donde en estos últimos tiempos ciertas calles, para no decir nada de los teatros, ofrecen escenas que no se han visto en las ciudades más disolutas del extranjero.» Otro escritor inglés dice: «Todos los que han visitado las ciudades del continente, recordarán el aspecto que presentan las víctimas de la inmoralidad pública... En el continente no se nota lo que se nota entre nosotros.» El número de aquellas infelices se calcula, dice Ryan, en ochenta mil en la capital; las casas de pecado no pueden ser contadas. Dejo innumerables particularidades que tengo á la vista, certificadas por diversos escritores, testigos de vista de abominaciones que no pueden describirse; de publicaciones, láminas, libros, periódicos encaminados únicamente y ex-

(1) *The Lancet*, 1853, tomo 1, pág. 317.

profeso á dilatar las malas costumbres; de tiendas y manufacturas que emplean toda su actividad para esparcir la corrupcion á los cuatro ángulos de la tierra; prescindo de todo para no manchar mi pluma, y porque respeto á los lectores; solamente pregunto: ¿hay nada semejante en los países católicos, por más que estén corrompidos?

¿Y la embriaguez? Hé aqui un trozo de un discurso del ministro protestante Owen, que vale por muchos: «Es la embriaguez, afirma, el demonio maléfico de la Gran Bretaña. Desde que comenzó el siglo hasta hoy, el pueblo ha gastado en bebidas que embriagan el doble del dinero necesario para pagar nuestra enorme Deuda nacional. En Lóndres sólo hay 180.000 bebedores de aguardiente, y se consume cada año por unos 300.000.000 de reales. Durante los últimos trece años, 249.000 hombres y 183.921 mujeres fueron arrestados en Lóndres por el delito de embriaguez. En Manchester, los obreros gastan más de 25.000.000 de francos anuales en aguardiente. En Edimburgo hay 1.000 vendedores de bebidas espirituosas, al paso que sólo se cuentan 200 panaderías. De 27.000 casos de pauperismo, 20.000, á lo ménos, deben atribuirse á la embriaguez. En Glasgow, segun Alison, 10.000 individuos se embriagan todas las tardes del sábado, y se conservan en tal estado el domingo y el lunes, de forma que no pueden volver á su trabajo hasta el martes, y aún hasta el miércoles. En la misma ciudad de Glasgow se gastan todos los años en bebidas de alcohol 30.000.000 de francos, y se arrestan anualmente 20.000 mujeres ébrias, hasta el punto de no poder continuar en pié.

¿Y cuáles son los resultados morales de tan espantosas estadísticas? La enajenacion mental, la miseria, la prostitucion, el delito.» Y prosigue demostrándolo con otras cifras espantosas.

Segun el *Directorio de la oficina postal* (1848), en Lóndres el número de los vendedores de líquidos que embriagan excedia al de los vendedores de alimentos necesarios para la vida; al paso que los carniceros, los panaderos, los vendedores de lacti-

cinios y de verduras, los drogueros y los pescaderos eran 10,790, llegaba el número de las tabernas á 11,000. En cuarenta ciudades de la Escocia es más grande la desproporcion: mientras hay un vendedor de licores por cada 150 personas, sólo existe un panadero para cada 1,000. En una parte de la parroquia de Clerkenwell (Londres), testigo Wanderkiste, misionero protestante, de tres adultos uno está entregado á la embriaguez. Nada ménos que otro protestante, el Sr. Kay, afirma que tal vicio crece todos los dias, y amenaza invadir las clases obreras de un modo hasta hoy desconocido. A los licores se añade ahora el consumo del ópio: al embrutecimiento que ocasionan aquéllos, se une la estupidez que trae consigo éste. Hé aquí á dónde va á parar la moralidad tan ensalzada.

A lo dicho podriase añadir aún la multitud de los suicidios, que son efecto de la extrema inmoralidad y de la falta de todo sentimiento humano, civil y religioso: son allí frequentísimos, tambien según el testimonio de Faucher y de los periódicos. En un cuadro estadístico formado recientemente, se nota que en cinco años, del 1852 al 1856, hubo, sólo en Londres, 5,415 suicidios: 3,886 cometidos por hombres, y 1,629 por mujeres. Se podria añadir la mala fé del comercio, echada en rostro á sus compatriotas hasta por el *Times*, mientras escribo, como el origen de la desconfianza con que todas las naciones tratan á los ingleses; mas baste lo indicado para que todos alcancen cuán neciamente ponderan la moralidad de los protestantes ciertos *moralísimos* escritores.

Finalmente, terminaré con una observacion que á primera vista parecerá paradoja, y que, sin embargo, es una purísima verdad. El Catolicismo sería bueno, aunque fuese muy mala la vida de los católicos, así como el protestantismo sería malo aunque fuese sumamente moral la vida de los protestantes. ¿De qué modo único pueden ser malos los católicos? Únicamente infringiendo la ley que les impone la Iglesia católica. Debe ser, pues, santa, cuando sólo puede ser malo aquél que la quebran-

ta: Por el contrario, ¿por qué medio solamente pueden ser buenos el mayor número de protestantes? Sólo á condicion de que no vivan conformemente á su ley. Si la observasen puntualmente, no podrian ser ya virtuosos. En prueba de lo cual, pregunto: ¿seria buen protestante quien siguiera fielmente las doctrinas de Lutero y de Calvino? Nadie puede negarlo, porque son los corifeos, los padres, los iluminadores de las sectas protestantes. Ahora bien. El que siguiese al primero, debería decir, además de otras mil iniquidades, que el hombre no es completamente libre en sus acciones, y que las buenas obras, no sólo no son útiles, sino que son nocivas para la eterna salvacion. Quien observase las doctrinas del segundo, atribuir debería á Dios todo el mal que hiciese, porque aquel infuco enseña que tan autor es de la gloriosa confesion de Pedro como de la traicion de Judas; que Jesucristo sobre la Cruz se desesperó, y otras blasfemias que no se pueden oír sin que las carnes se contraigan. ¿No son estas doctrinas, impías en sí propias, subversivas de toda moral, y tales, que si el simple buen sentido no las hiciera rechazar absolutamente, bastarian para establecer todos los delitos sobre la tierra? Es positivo, pues, que sus secuaces sólo pueden ser buenos á condicion de combatir y execrar semejantes doctrinas, como lo hacen muchos, gracias á Dios, por el honor de la humanidad.

Igualmente, ¿no se pueden llamar en rigor protestantes los *metodistas*, los *eudemonistas*, los *anomeos*, los *hermanos moravos* y los *mormones*? Sí, ciertamente, porque todos están de acuerdo en rechazar á la Iglesia católica, único artículo necesario para ser admitidos y conseguir el honor altísimo de llevar el nombre de *protestante*. Ahora bien. ¿Cómo pueden ser todos estos hombres honrados si no reniegan de sus principios? El conde de Zinzendorf, fundador de los *hermanos moravos*, escribió tantas lascivias, que no puedo indicarlás siquiera sin escándalo. La regeneracion con que meten tanto ruido los *metodistas*, es una escena de lascivias y de horrores. Los periódicos de América las han

descrito. En la beatitud inocente de los *eudemonistas* ha debido mezclarse más de una vez la policía, á pesar de que la habitación privada donde practican su culto los protege contra la misma. Los *anomeos* llevan su vituperio hasta en el nombre, que quiere decir *sin ley*. Las sociedades de los *mormones* son tantas y tales, que causan asco aún á los Estados Unidos. Todos éstos, por tanto, si quieren llevar vida buena, ¿no están obligados ante todo á proscribir sus principios? Hé aquí, por tanto, la gran diferencia que hay entre los católicos y los protestantes. Los católicos, si observan perfectamente su ley, llegan á Santos; los protestantes comienzan á ser buenos cuando la intringen. Lo cual explica también (dicho sea de pasada) por qué lo mejor que hay entre ellos váse acercando á nosotros, y lo que hay de peor entre nosotros aproxímase con el afecto ó con el acto á los protestantes, y por qué nosotros conseguimos los Hutter, los Newman, los Manning, los Ward, los Oakeley y otros parecidos, mientras les damos los Desanctis, los Achilli, los Bonamici y los Guicciardini. Mas dejando esto, faltanos sólo concluir con que los países protestantes no son más morales que los católicos, sino que precisamente lo contrario es cierto; y que aún cuando fuese inferior la bondad de aquéllos, no perjudicaría un punto la verdad del Catolicismo.

El presente, por lo que he llamado en rigor pro-  
testantes los metodistas, los evangelistas, los  
mormones, los hermanos moravos y los mormones. Si  
ciertamente porque todos están de acuerdo en re-  
sultar á la fección eclesiástica, tanto en el modo de  
vivir como en el honor y en el respeto que se les  
tributa. Pero el nombre de metodistas. Ahora bien,  
¿cómo pueden ser todos estos hombres hermanos si  
no pertenecen de sus principios? El conde de Zinzendorf  
dort, fundador de los hermanos moravos, escribió  
tantas las ciencias que no puedo indicarlas siquiera  
sin escribirlo. La regeneración con que están tan  
debidamente en sus escuelas, es una escuela de ciencias  
y de artes. Los periódicos de América las han

CAPÍTULO XXXI.

Reglas para sentir con la Iglesia católica.

De las máximas erróneas que corren acreditadas por el mundo, hemos examinado hasta aquí las principales, y visto su falsedad. Un lector discreto, por tanto, que tenga en el corazón la rectitud para creer y la santidad para obrar, hallará en la presente obra una salvaguardia que podrá preservarle de aquellas. Falta sólo una regla, diré casi positiva, sobre el modo de sentir y hablar, que muestre toda la fé y piedad católicas: de sentir, porque si bien no sea herético y contrario á la fé sino el que pérfidamente se obstina en el error conocido, esto no impide que haya muchas maneras de opinar que, no siendo enteramente conformes á la fé, la oscurecen y anublan en el alma: de hablar, porque, por recomendación del Apóstol, importa muchísimo la exactitud en lo que de ella se diga, y para que no se dé ocasión á otros de proceder menos rectamente. Para cumplir esta última parte, he creído que nada mejor hacer podría que recordar algunas palabras con las cuales San Ignacio de Loyola, que vivió en tiempos muy turbados para la fé, declaró cómo se debe pensar y hablar; así como las tendencias que debe tener todo el que ame tiernamente la fé. Porque (¡admirable cosa!) aquellos avisos indican fielmente, además de los escollos que deben evitarse, los lineamientos con que se expresa netamente y con sinceridad el sentir católico: despues de tres siglos, continúan aún en pié, y salen tan verdaderos, que sería difícil hallar cosa más conveniente á las necesidades de nuestra edad. Me limitaré yo á compendiarlos, añadiendo, despues de haberlos traducido literalmente, alguna breve explicación, para que todos lo entiendan.

Ante todo, para sentir católicamente, segun el

BIBLIOTECA CENTRAL  
UNIVERSIDAD DE AMÉRICA